

por PEDRO LOMBA

«Europa se moverá cuando el primer chino asome su coleta por los Urales...». La célebre frase de Ortega, escrita mientras se preparaba la triunfante revolución de Mao que fraguó la occidentalizada forma de la China contemporánea –ya saben, esa pesadilla que conjuga lo peor del comunismo con lo más nefasto del capitalismo–, es clara muestra de la clarividencia del filósofo. Europa, con el 68, sucumbió al hechizo de aquella coleta: se hizo maoísta, o al menos cumularon con esa rueda algunas de sus más luminosas inteligencias. Luego llegó la doble miseria del arrepentimiento, provocado por la conciencia de haberse dejado arrastrar por una masiva ola de ideológico entusiasmo.

Bien mirados, y casi todos terminaron por mirarse bien, aquellos jóvenes airados y brillantes se vieron a sí mismos como la jovial comparsa de los sempiternos y tristes señores de la historia. Qué cosas... Pero lo cierto es que el entusiasmo que produjo la revolución entre la intelectualidad europea puso en nuestros mapas una cultura demasiado lejana en el espacio y en el tiempo.

Mucho antes de aquellos ímpetus de grafiti y postal, la remota Catay había despertado ya la curiosidad, sostenida por el interés comercial y religioso de algunas potencias europeas del siglo XVI, Portugal y España a la cabeza. Fue en la época de las misiones, del infatigable esfuerzo por predicar una religión, la cristiana, que no había llegado, o que lo había hecho muy desdibujada, hasta el Lejano Oriente. Y por explorar un mundo que se anunciaba como económicamente fértil. En esto, como en

tantos otros negocios de este estilo, los jesuitas fueron pioneros. Y sus crónicas trajeron a la ensoberbecida Europa noticia de las costumbres, ritos y forma de organización del exótico pueblo, arrojando de rebote la sombra de una duda sobre algunas convicciones muy arraigadas... Trotta acaba de publicar una de esas crónicas, la *Descripción de China*, del italiano Matteo Ricci, enriqueciendo así un catálogo que contiene algunas joyas de la cultura oriental y del modo en que ha sido mirada desde Occidente.

En su crónica, el clérigo expone los extraños usos, las refina-

tilidad, sin ningún atisbo del santo Evangelio» hubieran sido capaces de desarrollar la «luz natural» hasta límites insospechados.

Esto era lo inconcebible; no había manera de comprender que una cultura altamente sofisticada y ya milenaria, la de un país que exaltaba a letrados y «mandarines», hubiese podido crecer sin haber salido de las «tinieblas» del ateísmo. En ello percibía el jesuita la raíz de la arbitrariedad de leyes y poderes que definía la política de los chinos, el peculiar infierno que con total seguridad, aunque sin duda ya por otros motivos y con otras formas, se perpetúa aún hoy bajo un nuevo régimen...

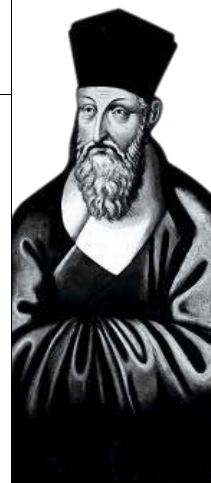
En la otra parte del mundo, colonizado por Portugal y España, en América Latina, sucedía algo similar. Y también fue contado por el clero, pero de manera distinta y con distintas intenciones. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que hoy mismo es China, a punto de convertirse en la primera potencia mundial, el país que coloniza ese Nuevo Mundo. Y sospecho que también el nuestro, menos viejo que el chino, aunque mucho más cansado e indignado... Casi exactamente igual que en los años 60 del siglo XX.

Pero hay algunas diferencias, claro: los jóvenes airados de hoy no son brillantes como los de antaño, desde luego; han tardado poco en sumar al grafiti y la indignación sus deslumbrantes mansiones... Se han convertido ya en los nuevos señores, tan tristes como siempre, de la historia; son los nuevos amos de una Europa, de una España sobre todo, mucho más inconsciente y ensoberbecida hoy que cuando descubría continentes y culturas. Por ejemplo, la china.

Misionero en el Imperio Ming durante casi 30 años, Matteo Ricci vertió su admiración y sorpresa por la cultura china en un libro que guarda las claves del país actual

## Vislumbres de la China: ¿qué pensaba un europeo del siglo XVI?

das ceremonias y costumbres que pautaban la vida pública y privada de los chinos; su intención era comprender las diferencias con Europa, y así preparar el terreno. Pero sobre todo consignaba en su escrito una paradoja, muy explosiva para un occidental, con la que revelaba una clave de la filosofía y la política de la primera modernidad europea. Lo que Ricci subrayaba en su libro era la desconexión de teología y cultura en la sociedad china, el hecho absolutamente aberrante a los ojos de un cristiano de que unas gentes que «viven en las tinieblas de la gen-



**MATTEO RICCI**  
**DESCRIPCIÓN DE CHINA**

Traducción y edición de Giuseppe Marino. Trotta. 256 páginas. 25 €

**DIGNO DE UN GRAN HONOR**

Ampliamente instruido en matemáticas –trajo el chino la geometría de Euclides– y geografía –dibujó el ‘Kun-yu Wanguo Quantu’, el primer mapa-mundi chino en el que aparecen Europa y América–, Ricci fue considerado un gran sabio en China. Fallecido en Pekín en 1610, el emperador Wanli, además de proclamar un día de duelo nacional, accedió por primera vez en la historia de China a que un extranjero fuera enterrado en suelo imperial